

NUEVOS ENFOQUES EN LA ARQUEOLOGÍA
DE LA REGIÓN DE TEQUILA

Verenice Y. Heredia Espinoza, Joshua D. Englehardt
y Héctor J. Cardona Machado
Editores



El Colegio de Michoacán



Fideicomiso Teixidor

ÍNDICE

Agradecimientos	11
Presentación <i>Efraín Cárdenas García</i>	13
Introducción. Phil C. Weigand y la arqueología del occidente mesoamericano <i>Verenice Y. Heredia Espinoza y Joshua D. Englehardt</i>	15
La Tradición Teuchitlán. Una reexaminación de su definición y su configuración a través de la evidencia arqueológica <i>Joshua D. Englehardt, Verenice Y. Heredia Espinoza y J. Héctor Cardona Machado</i>	31
Aproximaciones metodológicas para el análisis del territorio en la Tradición Teuchitlán <i>Armando Trujillo</i>	55
La secuencia cronológica temprana en los Guachimontones <i>Christopher S. Beekman</i>	83
¿Circulación por decisión o por imposición? Una lectura de la circulación en Loma Alta, Guachimontones <i>Kimberly Sumano Ortega y David A. Muñoz García</i>	129
La metalurgia de Teuchitlán y sus alrededores: Estudios preliminares <i>Blanca Maldonado</i>	143
La lítica de los Guachimontones. Macronavajas y navajillas prismáticas de un conjunto habitacional del Posclásico <i>Camilo Mireles Salcedo</i>	151

Más allá de los Guachimontones. Aportaciones de Phil Weigand en la definición del complejo El Grillo. Historia de la investigación en el complejo El Grillo <i>Sean M. Smith Márquez</i>	169
La Herradura. Una expresión de la Tradición Teuchitlán en Colima <i>Ma. Ángeles Olay Barrientos, Rafael Platas Ruiz y Maritza Cuevas Sagardi</i>	189
Índice de figuras	205
Índice de cuadros	209
Índice analítico	211

LA TRADICIÓN TEUCHITLÁN
UNA REEXAMINACIÓN DE SU DEFINICIÓN Y SU CONFIGURACIÓN
POR MEDIO DE LA EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA

Joshua D. Englehardt
Verenice Y. Heredia Espinoza
Héctor J. Cardona Machado
Universidad de Guadalajara

Our first apprehension of a major archaeological continuity, as of the proverbial elephant in the dark, is usually so tenuous that we do not know what it is or what to call it.

Willey y Phillips (1958: 39)¹

En este capítulo reexaminamos la Tradición Teuchitlán, buscando mejorar nuestra comprensión de este fenómeno sociocultural a través de una reevaluación de sus correlatos arqueológicos. Nuestra aportación gira en torno a dos ejes centrales: 1) que el término *tradición* no es lo más adecuado para describirlo; y 2) que estamos en un momento adecuado para introducir y agregar a la información existente resultados de investigaciones recientes al entendimiento de la Tradición Teuchitlán. En cuanto al primero, proponemos que el término *cultura* es más apropiado para delinear la manifestación de rasgos compartidos –tales como arquitectura monumental guachimontón, producción artesanal especializada– a lo largo de las sociedades pretéritas del occidente; en particular si consideramos nuevas revisiones cronológicas (Beekman, este volumen; Esparza *et al.* 2015), ya que la continuidad temporal es el componente más significativo de la definición arqueológica de una tradición (Willey y Phillips 1958).²

Con respecto a la segunda meta, sugerimos estudiar la organización económica, política, ritual y social sin encasillarla en una categoría rígida. Desde nuestra perspectiva, la utilización de categorías tipológicas y modelos neoevolucionistas oscurece nuestro entendimiento de la diversidad en las expresiones culturales humanas. El desarrollo de esta concepción es entendible, puesto que la formación de Weigand y otros pioneros arqueológicos en el occidente se basó en las teorías neoevolucionistas que dominaban la arqueología americana desde la década

1. “Nuestra primera aprehensión de una gran continuidad arqueológica, como la proverbial elefante en la oscuridad, suele ser tan tenue que no sabemos qué es ni cómo llamarla” (traducción nuestra).
2. Aunque, como veremos más adelante, la definición arqueológica del término es vaga. Sin embargo, para evitar confusión, a lo largo de este capítulo seguiremos usando el término *Tradición* Teuchitlán.

de los cincuenta hasta la de los setenta (Fargher y Heredia 2012; Heredia y Englehardt 2017). En ese entonces, la meta de la disciplina era buscar regularidades entre culturas y sociedades en el pasado (Trigger 1992). Sin embargo, los objetivos de la arqueología han cambiado en los últimos 40 años, así que el uso continuo de términos tales como civilización o estado, paradójicamente refuerza los mismos modelos y tipologías estáticas de los que Weigand y otros intentaban alejarse. En este sentido, si se considera el carácter acumulativo del conocimiento científico –en los aportes de quienes nos han antecedido dentro la arqueología de occidente, y en particular de los valles de Tequila–, el objetivo principal de este capítulo es revisar las propuestas hechas hace más de 40 años a la luz de datos nuevos y nuevas metas que nos permitan estudiar cómo es que se desarrolló y funcionó esta(s) sociedad(es) compleja(s), por medio de sus estructuras económicas, políticas, ideológicas y sociales.

A raíz de los avances en la teoría arqueológica, donde hay un fuerte rechazo al encajonamiento de sociedades en un ámbito específico de desarrollo, hay mejores posibilidades de explicación para esta configuración sociopolítica, que se ha venido caracterizando como una entidad política parecida a un Estado (Weigand 1992a, 1993a, 2007, 2010; Weigand y Beekman 2000) o jefatura/cacicazgo complejo (López Mestas 2011; Mountjoy 2000a, 2000b; Schöndube 1974, 1980) basado en una lista de rasgos que no siempre tienen una base empírica sólida. Creemos que el encasillamiento de esta sociedad en una u otra categorías nos quita la posibilidad de explorar la manera en la que se muestra claramente una variabilidad no contemplada en estos modelos. Asimismo, nos permite estudiar la estructura de la organización económica y política como procesos y no como hechos estáticos. El momento es adecuado para proponer nuevos caminos de investigación y contribuir al conocimiento sobre el surgimiento y la naturaleza de la complejidad social en esta región.

Siguiendo a Pauketat (2007), es preferible regresar a los datos para aclarar interpretaciones de un registro material fragmentado a lo largo del occidente mesoamericano. Desde esta perspectiva, sugerimos que el modelo de *peer polities* (sociedades de pares) (Renfrew 1986) describe mejor la evidencia y ofrece mayor capacidad explicativa. En vez de acoplar formaciones sociopolíticas dentro de categorías rígidas y estáticas, este modelo dinámico las concibe como puntos a lo largo de un continuo. Así, los datos materiales, sincrónicamente, reflejan configuraciones singulares de un momento histórico particular en un camino diacrónico hacia la complejidad; en vez de una entidad ya completamente formada que posee una lista de rasgos que permiten su identificación y su caracterización como, por ejemplo, cacicazgo o Estado.

A continuación desarrollamos estos conceptos y argumentos a conciencia. Primero, examinamos las caracterizaciones anteriores de la Tradición Teuchitlán como listas de rasgos conforme un esquema neoevolucionista. Al reflexionar críticamente acerca de la definición arqueológica del término *tradición*, planteamos que el término *cultura* es preferible para caracterizar el fenómeno material notado en el registro arqueológico del occidente. Posteriormente, sintetizamos las ideas centrales y la evidencia arqueológica presentadas por Weigand y otros en cuanto a la naturaleza de la Tradición Teuchitlán. Luego presentamos algunos datos producto

de investigaciones recientes y concluimos con una discusión sintética donde ofrecemos una nueva interpretación de la Tradición Teuchitlán como un grupo de *peer polities* con tendencias hacia la corporatividad y la heterarquía (Blanton *et al.* 1996, Beekman 2008, Crumley 1995), en vez de un Estado centralizado estrictamente dicho. Nuestra aspiración es contribuir al debate contemporáneo y aumentar el conocimiento arqueológico sobre las sociedades del antiguo occidente mesoamericano.

LA TRADICIÓN TEUCHITLÁN Y SU DEFINICIÓN

Hace más de cincuenta años, Ignacio Bernal (1969: 143) declaró que “no habiendo tenido la influencia civilizadora de los olmecas, el occidente de México se quedó permanentemente en el atraso”. Esto resultaría en el aislamiento de la región y, por ende, en que las sociedades complejas y alguna “alta cultura” no lograran desarrollarse y florecer. Ante esta concepción surgió la Tradición Teuchitlán, concepto acuñado por Weigand (1985: 70, 1990: 29) para referirse al paso cronológico del periodo Formativo hacia el Clásico (200 al 700 d.C.)³ como un proceso de intensificación sociocultural y en reconocimiento de una implosión poblacional y el desarrollo de un “área económica clave” (Weigand 1985, 1990, 2010, 2011; *cf.* Chi 1936) en los valles centrales de Jalisco. La Tradición Teuchitlán busca “caracterizar la continuidad, pero a la vez enfatizar las dramáticas diferencias en carácter social entre los periodos Formativo y Clásico” (Weigand 1996a: 193; Weigand y Beekman 2000: 44). Es evidente que el investigador prefería este término por múltiples razones: 1) para destacar procesos de desarrollo cultural autóctonos y propios del occidente; 2) porque reconocía la probable existencia de múltiples grupos o sociedades que formaron parte del paisaje arqueológico de la región; y 3) para enfrentar el pensamiento tradicional expresado por Bernal (1969) sobre la ausencia de sociedades complejas en el occidente de Mesoamérica, lo que definirá la presencia de un “Complejo de Simplicidad” (Weigand 1985, 1990, 1992a, 1993a) para justificar el abandono investigativo que padecía esta región, una visión que Weigand enfrentó, y que intentó derribar a lo largo de su carrera.

Cuando estamos ante la expresión *Tradición Teuchitlán*, es probable que se tenga una idea de a qué se refiere ésta. No obstante, al examinar las publicaciones al respecto, su definición no queda totalmente clara. De hecho, Weigand no publicó ni las fuentes ni el proceso por el que la acuñó, lo que confundió su uso continuo en el léxico académico para referir al antiguo occidente. Desde una visión holística, Weigand (1996a: 185, 2009: 3) definió a la Tradición Teuchitlán como un “sistema social [que] fue extremadamente complejo, tal vez llegó hasta el nivel de un Estado arcaico y probablemente estaba organizado como Estado segmentario” (*cf.* Cardona 2016: 88). Este sistema se refleja en la materialidad por medio de su interpretación como: “una expresión única de arquitectura monumental, grandes asentamientos y sistemas

3. Aunque este rango de fechas sigue siendo asunto de debate, y sigue cambiando con la introducción de nuevos datos e interpretaciones (véase Beekman, este volumen).

de irrigación, altos perfiles demográficos, un posible sistema de escritura ideográfica y otros marcadores seguros de civilización en algunas partes del Occidente de México” (Weigand 1996a: 185), como las tumbas de tiro, que se señalan como indicadores de una sociedad compleja (Weigand 1991, 1992a, 1993a, 2008a).

En este sentido, se asocia a la Tradición Teuchitlán principalmente con indicadores materiales, como los complejos arquitectónicos circulares conocidos como guachimontones (figura 1), juegos de pelota (estrechamente relacionados con dichos guachimontones), la presencia de tumbas de tiro u objetos de obsidiana y cerámica de alta calidad. La evidencia se puede agrupar en dos ámbitos: uno material que se centra principalmente en la arquitectura monumental y en la existencia de medios y artefactos para el consumo general y de prestigio. Un segundo ámbito corresponde a lo asumido a partir de lo anterior: intensificación agrícola, estratificación social, control de recursos y de la producción de bienes, centralización del poder, entre otros aspectos que se utilizaron para demostrar un avance evolutivo hacia una “civilización”. Como apuntó Mountjoy (2000a: 264), la Tradición Teuchitlán, entonces, ha sido descrita con ocho características principales: 1) monumentalidad arquitectónica, incluido el desarrollo de una jerarquía regional de sitios; 2) intensificación agrícola con terrazas, canales y campos de cultivo con chinampas; 3) organización y modificación del paisaje a gran escala; 4) creciente densidad poblacional; 5) especialización artesanal; 6) explotación especializada de recursos, en especial sal y obsidiana; 7) una economía expansionista con comercio a larga distancia; y 8) un sistema de escritura ideográfica presente en la cerámica ceremonial del tipo pseudo-*cloisonné* (cf. Weigand 1996a). En conjunto, estos rasgos han servido para definirla tanto en el ámbito científico como en el social en general, tal y como se aprecia en el mural que está a la entrada del Centro Interpretativo Guachimontones (figura 2).

Rasgos defintorios de la Tradición Teuchitlán

Para darle el estatus de sociedad compleja o Estado unitario se ha sugerido que la Tradición Teuchitlán debía tener ciertas características y motores primarios, como los mencionados en el apartado anterior. Todos estos elementos en conjunto se han interpretado como evidencia para tal fin, lo que le otorgaría el título de *civilización*, a la par de otras en Mesoamérica. Se llegó a esta lista de rasgos y a estas conclusiones a partir de un recorrido al sur del volcán de Tequila y con la identificación de algunos sitios grandes en los valles al norte de éste (Weigand 1976, 1985, 1990, 1993a, 1996a, 2004, 2007, 2008a, 2008b, 2010, 2011). Esta propuesta se presentó aproximadamente hace unas cuatro décadas (Weigand 1976) y el discurso ha cambiado poco desde entonces.

Dados el creciente interés en la región y los proyectos arqueológicos recientes en la zona, estamos en posición de reevaluar esta caracterización de la Tradición Teuchitlán a la luz de estos nuevos datos. Las investigaciones recientes (Beekman 2016; Heredia 2017) apuntan hacia un escenario más complejo y nos hacen reflexionar acerca de las interpretaciones

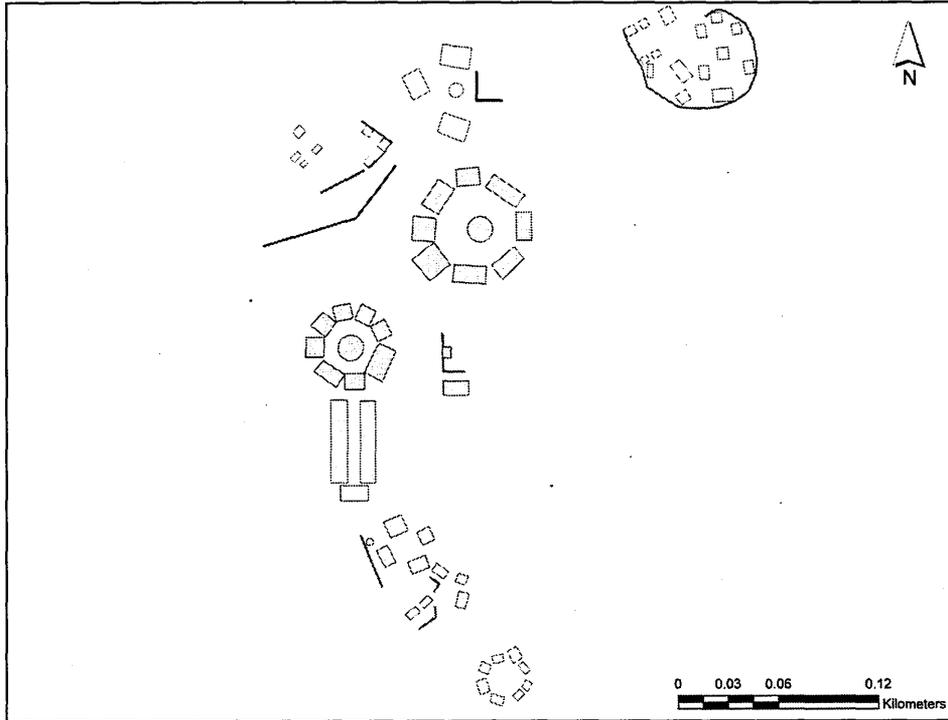


Figura 1. Ejemplos de los complejos arquitectónicos conocidos como guachimontones, del sector Loma Alta del sitio de Los Guachimontones.

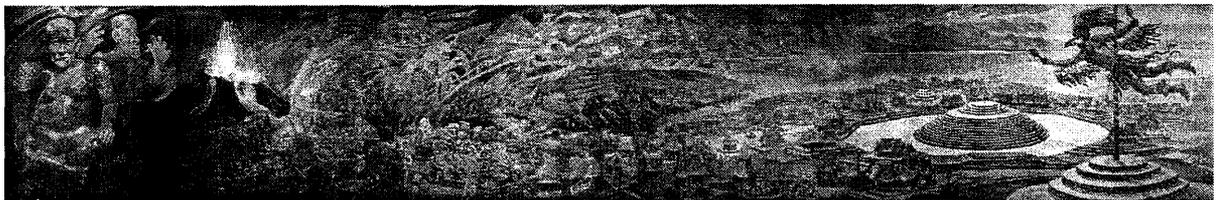


Figura 2. Mural que se aprecia a la entrada del Centro Interpretativo Guachimontones, mostrando una visión imaginada de la sociedad de Los Guachimontones en su apogeo.

pasadas, así como en nuevas preguntas y nuevos caminos para la investigación arqueológica en la zona. Asimismo, la teoría arqueológica sobre sociedades complejas se ha estado sofisticando y robusteciendo en las últimas décadas, lo que nos permite proponer un escenario más adecuado para generar explicaciones sobre los periodos Formativo al Clásico. Antes de presentar las nuevas investigaciones, queremos precisar sobre la lista de rasgos utilizados para caracterizar a la Tradición Teuchitlán como una sociedad compleja semejante a un Estado.⁴

Existe consenso entre los arqueólogos en cuanto a que un incremento en escala poblacional y en número de sitios implica un proceso de complejización. Weigand (1996a: 93) menciona 20 000 personas durante las fases Tequila II-IV (300 a.C.-450 d.C.) en un área de 240 km² al sur del volcán de Tequila, entre Ahualulco y San Juan de los Arcos (figura 3). Esta cifra se traduce en una densidad poblacional de aproximadamente 83 personas por kilómetro cuadrado y Weigand menciona (1992b, 1996a, 1996b) 600 y 800 personas por kilómetro cuadrado en las zonas más densas (véase también Beekman 1998). La alta densidad poblacional para los valles de Tequila también se ha inferido por la cantidad de guachimontones. Es decir, se asume que debieron de existir grandes poblaciones para poder construir estas estructuras. El incremento poblacional, siguiendo el razonamiento neoevolucionista, también acompañó, o más bien fue un factor, en el desarrollo de los famosos campos húmedos (llamados chinampas por Weigand 1993b, 1996b). Basado en reconocimientos de fotografía aérea, Weigand identificó patrones en la superficie altamente simétricos, que formaban una especie de retícula uniforme que interpretó como semejantes a chinampas. En reconocimientos en superficie, el investigador identificó surcos largos y paralelos que parecen canales. Estos patrones superficiales fueron detectados tanto en el norte de la cuenca de la exlaguna de Magdalena como al sur de Los Guachimontones, en lo que es hoy día la presa de La Vega (Stuart 2005). Weigand (1996b) estimó unas 3 000 hectáreas de estos campos húmedos. Posteriormente, Stuart excavó en ambos lugares y recolectó muestras de carbón, que fueron fechadas en un rango de tiempo muy amplio (Stuart 2003: tabla 6.1, 2005: 189), y no necesariamente pueden ser atribuidas a la Tradición Teuchitlán. Además de la dificultad para obtener fechas confiables en arquitectura para la construcción de estos campos húmedos, ha sido difícil detectarlos en superficie. No obstante, aun cuando la evidencia empírica es endeble o bien puede interpretarse de más de una manera, se ha asumido que estos campos debieron de estar en uso durante las fases Tequila II-IV y que son una muestra de la existencia de un Estado, ya que sin una autoridad centralizada capaz, no hubiese sido posible crear estas obras (Stuart 2005). Sin embargo, la lógica de los argumentos y los datos existentes no tiene una relación tan directa como se interpreta.

4. Aunque estamos en desacuerdo con la definición y/o explicación de un fenómeno arqueológico a partir de una lista de rasgos, por el momento aceptamos esta lista simplemente para evaluar si cuadra con la evidencia disponible. Es decir, aunque estamos basando la revisión en la lista de rasgos original, no estamos buscando plantear otra.

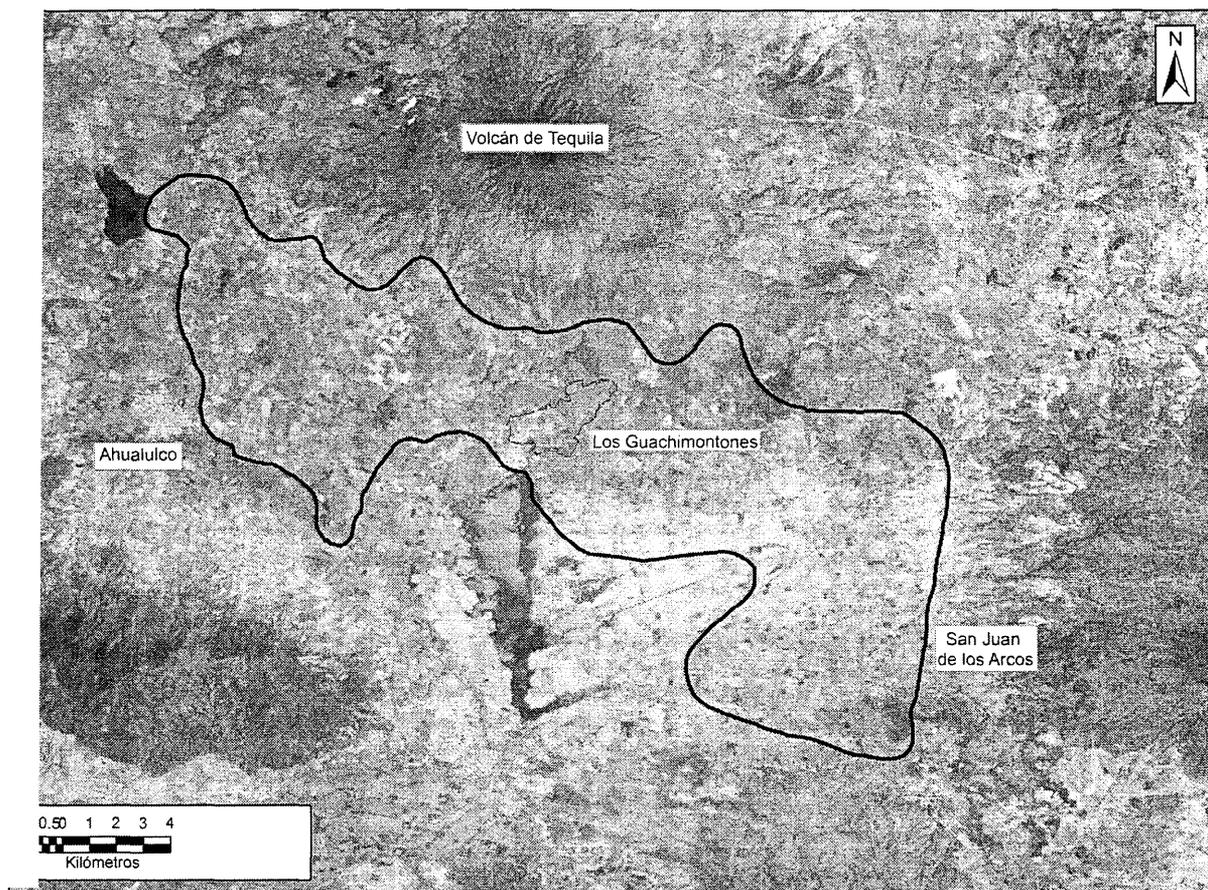


Figura 3. La zona al sur del volcán de Tequila.

Aunada a esta actividad, también se dice que existió una especialización artesanal en cerámica, en lítica y hasta en concha (Weigand 1985, 1996a, 2008c, 2010, 2011). La evidencia para hacer tal aseveración es la buena ejecución de las herramientas líticas (en especial, la joyería), la cerámica (la fineza y la calidad de algunos tipos cerámicos como el Oconahua Rojo sobre Blanco) y los artefactos de concha encontrados en las tumbas de tiro. Sin embargo, no hay un estudio formal sobre especialización artesanal de casi ninguno de los artefactos mencionados. Por ejemplo, en el caso de la cerámica, podría ser útil conocer la estandarización en sus tipos. Esta investigación aún no se ha hecho formalmente. Por otra parte, en un taller cercano a Los Guachimontones fue realizado por Soto (1982, 1990, 2005), el estudio de artefactos de lítica, quien concluye que hubo especialización en la manufactura de navajas y macronavajas durante las fases Tequila II-IV. Su trabajo también fue clave para asentar la presencia de una entidad estatal que controló la producción de artefactos líticos en el sitio. A partir de estos resultados, Weigand sugiere que Los Guachimontones fue un lugar de producción que abastecía a los habitantes de los valles de Tequila y quizá más allá (Weigand 2010: 12). Como veremos más adelante, este continuo de pensamiento pareciera lógico, pero los datos existentes

ponen en duda tales conclusiones, lo que nos permite proponer nuevas hipótesis. Aparte del taller excavado por Soto (1982), no existe otro estudio igual para otro tipo de artefactos y tampoco se han identificado los probables lugares de producción.

Además de la agricultura extensiva en campos húmedos, también se habla del comercio a larga distancia como parte importante de la economía política (Esparza 2015; Herrejón 2008; Weigand 1996a). La evidencia de este fenómeno es cuestionable, ya que no hay datos suficientes y los que existen son de otras temporalidades (véase Esparza y Tenorio 2004; Tenorio *et al.* 2015). Existen pocos ejemplos de obsidias fuera de la región de Tequila. Por ejemplo, en la cuenca de Sayula se han detectado objetos de lujo asociados a entierros de alto estatus (Reveles 2005). Según las fechas, estos entierros son contemporáneos a las fases Tequila II-IV y su contexto sugiere que fueron objetos de lujo, quizás adquiridos por medio de contactos entre elites como parte de una economía de bienes de prestigio, pero esto está muy lejos de ser “comercio” (intercambio material con fines económicos) a larga distancia. La abundancia de grandes concentraciones de desecho de producción de objetos de obsidiana no implica automáticamente comercio, ni la presencia de un taller de producción especializada (Clark 1986, 1989).

Los recorridos de Weigand entre finales de los años sesenta y los setenta produjeron los datos desde los cuales propuso el término y los atributos de la Tradición Teuchitlán. Sus recorridos detectaron los sitios más grandes con guachimontones, además de áreas habitacionales extensas principalmente al sur del volcán de Tequila con una extensión de aproximadamente 240 km² (Weigand 1996a: 204). Basado en la arquitectura de guachimontones y la presencia de juegos de pelota, Weigand (1996a; Ohnersorgen y Varien 1996) propuso una jerarquía de “por lo menos cuatro niveles” de asentamiento, mas no administrativos. Weigand fue cauteloso en momentos al no afirmar que fue un Estado y se limitó a decir que fue algo muy parecido a un Estado (Weigand y Beekman 2000; Weigand 2010: 17). La jerarquía propuesta por el investigador está basada en el tamaño de los guachimontones, principalmente en la volumetría de la arquitectura, que se traduce en el acceso a la mano de obra. Ohnersorgen y Varien (1996) sugieren varios escenarios en cuanto a la organización política de los valles de Tequila. Uno de ellos propone que el sitio Los Guachimontones es la capital de esta región. No obstante, también es probable que Los Guachimontones haya tenido mayor autoridad en el valle al sur del volcán y menos al norte, lo cual es evidente en los recorridos y otros trabajos de análisis espacial (Beekman 2016; Heredia 2017; Trujillo, este volumen).

Una de las primeras propuestas sobre la posible presencia de una entidad política unificada, basada en sus límites territoriales, que tuvo su capital en Los Guachimontones, fue la de Beekman (1996), quien en sus recorridos identificó lugares estratégicos a la entrada de los valles de Tequila. Cerro Tepopote, al este, en el corredor de La Venta que conecta el valle de Atemajac y los valles de Tequila; Llano Grande en el lado oeste, que tiene una excelente vista hacia la cuenca de la exlaguna de Magdalena en los valles de Tequila y que se considera un punto de control visual para los accesos desde el este. Navajas, en el extremo sureste de los valles, también se localiza en un punto estratégico. Estos sitios parecen estar definiendo

(y quizá defendiendo) cierto territorio. A raíz de estos hallazgos, la propuesta ha sido que en algún momento durante las fases Tequila II-IV, los valles de Tequila pudieron haberse integrado en una sola unidad semejante a un Estado unitario, que representa una sola unidad política integrada con límites territoriales bien definidos (Southall 1988).

En resumen, éstos son los principales aspectos en los que se ha basado la definición de la Tradición Teuchitlán y que se han utilizado para presentar un argumento sobre su estatus como Estado o algo parecido a éste. La lista de rasgos no siempre tiene un soporte empírico sólido para respaldar las propuestas presentadas; sin embargo, el cúmulo de información arqueológica hasta la fecha recolectada, así como nuevos datos, pueden contribuir a un mejor entendimiento de la Tradición Teuchitlán, discusión a la que nos remitimos ahora.

Dificultades con la definición de la Tradición Teuchitlán

Varias problemáticas surgen a partir de la definición de Tradición Teuchitlán. En primer lugar, como hemos comentado, se fundamenta principalmente en una serie de rasgos culturales que resultan sugerentes de una perspectiva neoevolucionista (Sahlins y Service 1960; Steward 1955; White 1959). Desde esta perspectiva, la presencia o ausencia de estos atributos (meramente descriptivos) se fundamenta en una narrativa que busca presumir la existencia de una “civilización”, un “Estado” o, bien, una sociedad “casi urbana” o semejante a un Estado para el occidente de Mesoamérica (Weigand y Beekman 2000). En este sentido, se crea un argumento circular: si encuentras elementos en la lista en el registro arqueológico, entonces se comprueba la existencia de la formación que buscas afirmar a partir de estos mismos datos (*cf.* Peebles y Kus 1977).⁵ Por otro lado, aunque este esquema permite proponer un panorama integral, éste se generó a partir de datos fragmentados, por lo que los calificativos resultan vacíos si no se respaldan con datos empíricos. Además, al fundamentarse en características sobre todo descriptivas, se pierde capacidad explicativa para la Tradición Teuchitlán.

En segundo lugar, la presencia o la ausencia no apuntan a que las sociedades que desarrollaron tales rasgos fueron una civilización o un Estado. Tampoco ello implica que éstas fueron cualitativamente más o menos avanzadas que otras en Mesoamérica, tampoco únicas. Más allá, no describen ni explican el cambio cultural, pues no profundizan en la configuración sociopolítica de la(s) sociedad(es) que conformó(aron) a la Tradición Teuchitlán; tampoco contribuyen a entender los procesos sociales detrás de esta formación. No obstante, hay que observar estas conclusiones en el contexto de su generación: Weigand estaba enfrentando una continuidad arqueológica en el occidente por primera vez. Como apuntan Willey y Phillips (1958: 39), en tales circunstancias es difícil saber cómo debemos o podemos etiquetar

5. Ya que la comparación entre culturas sigue siendo un objetivo central en la arqueología antropológica, es posible que las tipologías o listas de rasgos sean “males necesarios”. Igual, es posible considerar que simplemente faltan términos adecuados en el lenguaje arqueológico para describir configuraciones sociopolíticas que no caigan implícitamente dentro de esquemas tipológicos.

lo interpretado a partir del registro material.⁶ Sin embargo, 40 años después, los objetivos de la arqueología están más encaminados a proveer explicaciones de los procesos culturales y configuraciones sociopolíticas, que de las historias culturales que fueron el enfoque de la disciplina por gran parte del siglo XX.

Es evidente que las manifestaciones materiales asociadas a este fenómeno reflejan un caso de complejidad social temprana, pero el concepto de la Tradición Teuchitlán no proporciona información sobre cómo se configuró, ni de cómo estaban (inter-) relacionadas las sociedades o culturas que en ella participaron. Aunque esta dificultad ha sido reconocida por varios investigadores, hay una notable falta de consenso en cuanto a qué grado de complejidad sociopolítica alcanzó esta tradición. Hasta la fecha son dos las propuestas establecidas: por un lado se habla de los grupos componentes de la Tradición Teuchitlán como una jefatura o un cacicazgo (*chiefdom*; López Mestas 2011; López Mestas y López Cruz 2002; López Mestas y Ramos 2006; Mountjoy 2000a, 2000b; Schöndube 1974, 1980); mientras que, por otro lado, se le caracteriza como algún tipo de formación estatal, principalmente como proto-Estado (Cach 2008; Weigand 1993a, 2008a; Weigand y Beekman 2000) o Estado segmentario (Weigand 2000, 2004, 2007, 2009). Con frecuencia, al utilizar estos conceptos, no queda claro si se está tratando de grupos o de una sola entidad.⁷

De cualquier manera, cada una de estas configuraciones implica la determinación de una serie de rasgos, lo que nos lleva a los mismos problemas tautológicos descritos líneas arriba. Por otro lado, son pocos los estudios que han puesto a prueba estos modelos y sus implicaciones en el registro arqueológico (*cf.* Beekman 1996) y, en otros casos, se ha notado una discordancia entre el modelo propuesto y la evidencia presentada para definir la configuración del fenómeno como, por ejemplo, un Estado segmentario (Heredia en prensa). Así, aunque Mountjoy (2000a) o López Mestas (2011), al caracterizarla como cacicazgo complejo, desafían la conceptualización de la Tradición Teuchitlán como Estado –o civilización–, su propuesta se genera a partir de una lista de rasgos que, en conjunto, se interpretan como una jefatura conforme el mismo esquema neoevolucionista e histórico-cultural.

DISCUSIÓN. LA TRADICIÓN TEUCHITLÁN Y SU EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA A LA LUZ DE NUEVOS DATOS

En este apartado presentamos algunos resultados de investigaciones recientes que hacen más robusta la interpretación acerca de las sociedades del periodo Formativo al Clásico en los valles

6. Tal vez, Weigand (1993a: 35, 105, 1996a: 207) tenía esta dificultad en mente cuando acuñó los términos *proto-Estado*, *Estado proto-histórico*, *proto-ciudad* y *proto-urbano* al describir los valles centrales de Jalisco; ello para evadir el *bagaje* terminológico que acarrea el concepto *Estado* (aunque es cierto que en algunos momentos Weigand sugiere una conformación estatal).

7. Es decir, si la tradición como un todo representa un solo Estado, o si los varios grupos componentes fueron organizados a escala estatal, o si sólo los valles centrales de Jalisco fueron organizados como Estado, que controlaba un territorio amplio.

centrales de Tequila. Los datos, predominantemente regionales arrojan luz con respecto a la conformación espacial de la(s) sociedad(es) que ocuparon estos espacios geográficos. Se han sumado más de 900 km² de recorrido a la zona de la región de Tequila, y el patrón observado difiere de lo observado por Weigand en la zona sur del volcán. Dos recorridos regionales en los valles al norte del volcán de Tequila y la exlaguna de Magdalena, ambos utilizando las mismas técnicas de campo, muestran este mismo patrón fragmentado (Beekman y Heredia 2017; Heredia *et al.* s.f.; Heredia 2017), con lo que sugieren falta de integración política en la región. Por ejemplo, la densidad de sitios, espacio ocupado, durante los periodos en discusión es mucho más dispersa, con grandes espacios vacíos o con poca ocupación. Este patrón se ha interpretado como fronteras entre posibles unidades políticas independientes, que conforman un paisaje más fragmentado en lugar de unificado. Es decir, los valles centrales no parecen haber estado unificados en una sola entidad política y sus límites naturales no son demarcaciones políticas territoriales necesariamente.

Sobre las estrategias políticas utilizadas durante las fases Tequila II-IV se sugieren las de tipo corporativas (Beekman 2008, 2016; Blanton *et al.* 1996; Heredia en prensa), donde el poder y la autoridad son compartidos entre múltiples grupos. La falta de evidencia contundente de palacios, la supresión de riqueza y la arquitectura circular son testigos de una organización política menos piramidal, más heterárquica (Crumley 1995), y donde la integración, tanto dentro como entre los distintos *polities*, descansa sobre una ideología de poder compartido. Estas interpretaciones parecen ser congruentes con los datos arqueológicos; por ello proponemos que el modelo de *peer polity interaction* (Renfrew 1986) es potencialmente útil para explicar el patrón espacial y las características de los sitios en esta región.

Peer polity interaction “se refiere al todo el rango de interacciones que incluye imitación y emulación, cooperación, guerra y el intercambio de bienes materiales e información entre entidades sociopolíticamente autónomas, que están cerca una de la otra dentro de una sola región geográfica o más allá” (Renfrew 1986: 1). El patrón de asentamiento encontrado en la zona (Heredia *et al.* s.f.; Heredia 2017) muestra la presencia de múltiples agrupaciones de sitios separadas por áreas de poca o nula ocupación. Estas agrupaciones posiblemente fueron independientes una de la otra y tuvieron jurisdicción sobre sus propios territorios. Por otro lado, el patrón detectado al sur (Weigand 1996a) muestra una ocupación mucho más continua y densa. Esto puede interpretarse de dos maneras: que los sitios al sur del volcán de Tequila estuvieron organizados de manera distinta, es decir, estuvieron más integrados; o bien que las técnicas de reconocimiento entre los recorridos no son comparables. Sin embargo, creemos que los patrones detectados en casi 900 km² (tres veces más la cantidad de terreno recorrido al sur del volcán) representan unidades políticas más independientes y, en ese sentido, *peer polities*.

Es evidente la interacción entre estos *polities* en cuanto a una cultura material (artefactual y arquitectónica) compartida. Los círculos concéntricos, o guachimontones, se repiten en todos los valles, aunque pueden diferir mínimamente en algunos aspectos, como forma y

tamaño del altar, tamaño del complejo guachimontón y número de plataformas. Sin embargo, la homogeneidad y la repetición en el patrón muestran alto grado de interacción entre las distintas unidades. La aparición de estos conjuntos representa un incremento significativo en la escala, pero, al mismo tiempo, un surgimiento de múltiples lugares con las mismas características que sugieren el surgimiento sincrónico de estas *polities*.

Asimismo, el patrón repetitivo de guachimontones muestra la reproducción de actividades rituales que fueron compartidas tanto dentro de los valles como fuera de ellos. Por lo que la emulación y la imitación de ciertas conductas también fueron replicadas en otros lugares. Evidentemente, la ideología fue un aspecto decisivo en su conformación, lo que implica el flujo eficiente de información entre ellas, lo que les dio ese aspecto uniforme, y en esto se coincide con la propuesta de Weigand.

Peer polity interaction nos permite hablar de la Tradición Teuchitlán, no en términos de rasgos que le llevaron a una conclusión ineludible, sino de un escenario donde se puede apreciar el surgimiento de sociedad(es) compleja(s) como proceso entre múltiples grupos que compartieron un espacio y un tiempo. Ya que *peer polity interaction* refiere más a la naturaleza de las formas de relacionarse, no necesariamente se está encasillando en tipologías de organización sociopolítica. La ausencia de estrategias engrandecedoras por parte de un grupo o individuo en particular, también muestra una organización política más horizontal donde múltiples grupos (corporativos) actúan en cooperación en la toma de decisiones. Aunque no ha sido nuestra prioridad “encajar” este patrón en una tipología ya establecida de organización política determinada, pensamos que los datos pudieran acercarnos a escenarios parecidos al de *peer polities* para explicar los cambios y la forma de interacción entre distintas unidades políticas independientes y la forma de relacionarse entre ellas. Los datos –siempre fragmentados– simplemente no nos proporcionan la capacidad de generar una respuesta contundente a lo “que es” la Tradición Teuchitlán y, como expusimos anteriormente, los datos actuales, en su totalidad, tampoco apoyan claramente las propuestas previas. Ante esta situación, proponemos este modelo como un ejercicio para formular nuevas hipótesis, que pueden ser corroborados (o refutados) con investigaciones en el futuro.

¿Tradición o cultura?

Ahora bien, es un simple hecho en el quehacer arqueológico que la evidencia arqueológica no siempre encaja con contundencia dentro de las categorías tipológicas o modelos que empleamos para interpretar un registro fragmentado. Podemos debatir si tal formulación representa un Estado, un cacicazgo, o cualquier otra configuración, tal y como lo definimos los arqueólogos, pero siempre existirá el potencial de una contradicción entre dato y modelo (Marcus y Feinman 1998: 7). Es preferible hablar sólo en términos de los datos, como sugiere Pauketat (2007) o, como anotamos anteriormente, simplemente carecemos de un lenguaje adecuado para describir configuraciones sociopolíticas que no caen implícitamente en esquemas tipológicos.

Sin embargo, si el objetivo de la arqueología es, no sólo describir, sino explicar patrones en el registro material, entonces se necesitan conceptos y unidades integrativos que permitan la comparación entre sociedades y culturas. El término *tradición* es precisamente tal tipo de unidad integrativa. No obstante, consideramos que no es el más aplicable para caracterizar los fenómenos arqueológicos de la región de Tequila durante los periodos Formativo tardío al Clásico.

En primer lugar, el término está vagamente definido en la literatura arqueológica en general, así como en los textos específicos de Weigand. La obra clásica de Willey y Phillips (1958) provee al menos cinco definiciones distintas. En términos generales, una tradición es “[principalmente] una continuidad temporal representada por configuraciones persistentes en tecnologías u otros sistemas de formas relacionadas” (Willey y Phillips 1958: 37). Hay una notable falta de especificación en cuanto a la dimensión espacial de una tradición; por tanto, puede significar varias cosas distintas, según el contexto de su empleo. En consecuencia, el término ha resultado un tanto polémico y, en la mayoría de los casos, ha sido abandonado por la poca claridad explicativa que por sí solo es capaz de ofrecer (Cardona 2016: 116-117). Simplificando, podemos decir que una tradición es un conjunto de elementos y prácticas culturales que se perpetúan en el tiempo (Cardona 2016: 125). Se supone que tradición difiere de otras unidades integrativas por su enfoque en la profundidad temporal de la estructura en las relaciones histórico-culturales reflejadas materialmente a lo largo de una escala geográfica dada (Willey y Phillips 1958: 38). Sin embargo, los mismos autores admiten que el concepto no difiere sustancialmente de otros que refieren a unidades integrativas, tal como horizonte, fase, e/o industria (Willey y Phillips 1958: 39). Así, el término –a pesar de ser “indispensable” en la arqueología– tiene múltiples significados, y no representa lo mismo para los que lo emplean (Willey y Phillips 1958: 34, traducción nuestra).

En la arqueología se pretendía observar concurrencias y ausencias en la materialidad para definir etapas en el tiempo que, en sus diferencias, sugerían el cambio de una cultura a otra. Como menciona Trigger (1992: 182), además de una serie de cualidades compartidas en la manufactura técnica de los objetos, se esperaba una similitud cuantitativa en la cantidad de dichos objetos en el registro arqueológico. Desde nuestra perspectiva, tradición entonces asume persistencia, donde la innovación o la acción humanas, por ejemplo, podrían estar ausentes. Por ende, el cambio se contempla muy poco en grupos humanos pretéritos, y no se articula el concepto de tradición con dinámicas sociales, como lo son la acción humana y la contingencia histórica (Lightfoot 2001; cf. Cardona 2016: 117), o bien, con negociaciones que pudieron desarrollarse en escalas más particulares (Pauketat 2001). En este sentido, el concepto es más bien una herramienta heurística descriptiva que no aporta explicaciones de cómo es que realmente funcionaron, organizaron y se transformaron las sociedades del pasado. A su vez, el término nos remite a ver la cultura como estática, en la que un “núcleo inmutable”

de creencias, costumbres y prácticas se hereda por generaciones y se continúa practicando (Handler y Linnekin 1984: 273).⁸

Con todo, el uso de tradición en el contexto del occidente antiguo resulta un poco confuso. Weigand (1985: 70, 1990: 29) insistió en emplearlo para referirse a una transición cronológica y los procesos socioculturales asociados en un área definida. Sin embargo, el término se ha convertido en un calificativo para un fenómeno regional que se extendió a lo largo del occidente, identificado por la presencia de sus rasgos definitorios (p. ej., guachimontones) en varios contextos espaciales dentro de la misma región. Pero este uso difiere de su definición arqueológica, que refiere sobre todo a la profundidad temporal de un fenómeno material.

En este caso, se sostiene la existencia de una tradición material y técnica con mucha profundidad y gran extensión espacial que valida la continuidad de (al menos) un núcleo cultural o étnico; aspecto que estaría homogeneizando a los grupos sociales involucrados. De ahí la confusión potencial en cuanto a si la Tradición Teuchitlán se refiere a un solo grupo (o configuración) o a un fenómeno en que se participaron varios grupos distintos. Asimismo, el concepto es insuficiente para explicar las interrelaciones entre estos grupos, más que en términos de imposiciones desde las esferas dominantes, eliminando la posibilidad de acceder a tradiciones alternativas, posibilitadas por la acción humana y la contingencia histórica, como hemos señalado.

Por otro lado, *tradición* también refiere a un medio hacia la integración con la cultura (o civilización) (Willey y Phillips 1958: 37). En este sentido, la definición de la Tradición Teuchitlán accede a una serie de conceptos que cabrían más dentro de una definición de cultura, en sentido amplio, desde una perspectiva neoevolucionista o histórico-cultural (sin que pretendamos que ésta debe ser la categoría apropiada). Esto, pues, procura determinar aspectos como la organización sociopolítica, la estructura económica e, incluso, acercarse tangencialmente a formas de vida de las sociedades pretéritas contenidas en esta unidad temporal-espacial (Cardona 2016: 127). Tal tipo de determinismo ha sido una crítica fuerte en varias corrientes en la arqueología del siglo XX, tales como neoevolucionismo, la ecología cultural o el procesualismo (Trigger 1992). Aunque no es justo (ni válido) criticar un modelo solamente a partir de los contextos históricos y/o académicos en los que surgió, los objetivos de la arqueología han cambiado desde entonces. Por lo tanto, es momento de empezar a hablar sobre el occidente en –y con– otros términos que no provengan de corrientes epistemológicas que no reflejan las metas actuales de la disciplina.

Así, proponemos el empleo del término *cultura* para describir lo que hemos conocido hasta la fecha como la Tradición Teuchitlán. Una cultura arqueológica abarca aspectos temporales, así como espaciales y, por ende, es la unidad integrativa más apropiada para describir la articulación de varios aspectos de la cultura material a lo largo del occidente y del tiempo.

8. Aunque esta observación proviene de los estudios de la llamada *cultura popular tradicional* (*folklore studies*), creemos que es aplicable en la arqueología, particularmente cuando la literatura de nuestra disciplina no ha profundizado realmente sobre sus significados en las décadas precedentes a la definición de Willey y Phillips.

Ahora bien, como apuntan Willey y Phillips (1958: 39), la misma continuidad podría ser vista por un investigador como una tradición y, por otro, como horizonte, o industria, o cultura, dependiendo del problema que se esté considerando. Pero en la ausencia de un razonamiento contundente para seguir empleando un término que pueda llevar a la confusión –aparte de la costumbre–, consideramos más adecuado replantear nuestro entendimiento del fenómeno a partir de nuevos datos y objetivos distintos.

PENSAMIENTOS FINALES Y DIRECCIONES FUTURAS

En este capítulo hemos intentado esbozar las limitaciones de la expresión Tradición Teuchitlán como mecanismo descriptivo, así como explicativo. Desde nuestra perspectiva, al enfocarse en una lista de rasgos para definir el fenómeno y/o caracterizar la organización sociopolítica de una (o varias) entidad(es) a partir de datos fragmentados, estamos perdiendo la posibilidad de una mirada más amplia de escala regional y enfocándonos en algo muy particular y de una escala mucho menor. Proponemos que la aplicación del modelo de *peer polities* es una vía potencialmente fructífera de investigación, y una que nos ofrece una salida a las limitaciones y problemáticas antes discutidas. El mismo Weigand (1992a: 23), entre otros, apuntó la necesidad de nuevas miradas al antiguo occidente. Sugerimos que debemos seguir los ejemplos de investigadores en otras regiones (Cherry 1986; Mahoney y Kanter 2000; Mills 2002) y regresar a un enfoque sobre las estructuras socioculturales y sus funciones dentro de las sociedades del pasado, en vez de debatir especificidades, como configuraciones sociopolíticas particulares y su profundidad temporal. Regresar a los datos, de esta manera, nos permite generar descripciones y explicaciones más contundentes, así como hipótesis capaces de ser puestas a prueba ante el registro arqueológico.

No existe duda alguna de que la Tradición Teuchitlán representa una sociedad compleja. Sin embargo, en este capítulo nuestra intención es proponer un escenario más flexible del que se ha formulado hasta la fecha. Aunque definir o establecer un tipo de organización económica y política es de suma importancia, necesitamos datos empíricos más contundentes para conocer a fondo cómo es que estas sociedades funcionaron tanto al interior como al exterior. Por ejemplo, ¿cómo fue su economía política?, ¿qué papel desempeñó la producción de artefactos de obsidiana realmente?, ¿para quién o para qué se produjeron los artefactos? Y, más importante, ¿son las acumulaciones de obsidiana realmente talleres o son contemporáneas a la Tradición Teuchitlán? Las mismas preguntas son relevantes para los campos húmedos: ¿cómo estuvo organizada esta producción?, ¿en realidad hubo un control centralizado de la producción y la distribución como se ha propuesto? Creemos que las preguntas no son tan fáciles de contestar, y que dar un paso atrás para ver los datos existentes (no sólo los más recientes) puede abrir muchas posibilidades de explicación. Más aún, creemos que la Tradición Teuchitlán tiene el potencial de contribuir al repertorio de la variabilidad en la

conformación de estructuras sociopolíticas del pasado, porque es muestra de que el desarrollo de la complejidad social no debe estar restringido a ciertos rasgos, y de que tampoco se desarrolla necesariamente de manera lineal ni piramidal. Estudiar más a fondo esta cultura, sin duda nos mostrará nuevos derroteros de investigación en el desarrollo y la naturaleza de conformaciones sociopolíticas tempranas en Mesoamérica, lo que contribuirá de manera importante a los debates teóricos sobre los caminos alternos hacia la complejidad social.

BIBLIOGRAFÍA

BEEKMAN, Christopher S.

- 1996 “The Long-Term Evolution of a Political Boundary: Archaeological Research in Jalisco, México”, tesis de doctorado, Vanderbilt University, Ann Arbor: University Microfilms, 1257 p.
- 1998 “Population Estimates in the La Venta Corridor, Highland Jalisco, and their Implications for the Teuchitlan Tradition”, ponencia presentada en el Midwestern Mesoamerican Meetings, East Lansing, Michigan.
- 2008 “Corporate Power Strategies in the Late Formative to Early Classic Tequila Valleys of Central Jalisco”, *Latin American Antiquity* 19(4), pp. 414-434.
- 2016 “Settlement patterns and excavations: Contexts of Tombs and Figures in Central Jalisco” en Christopher S. Beekman y Robert B. Pickering (eds.), *Shaft Tombs and Figures in West Mexican Society: A Reassessment*, Tulsa: Gilcrease Museum, Gilcrease Ancient Americas Series, pp. 85-96.
- _____ y Verenice Y. Heredia ESPINOZA
- 2017 “Los juegos de pelota de Jalisco: ¿Competencia o integración?”, *Arqueología Mexicana* XXV (146), pp. 64-69.

BERNAL, Ignacio

- 1969 *The Olmec World*, Berkeley: University of California Press, 273 p.

BLANTON, Richard E., Gary M. FEINMAN, Stephen A. KOWALEWSKI y Peter N. PEREGRINE

- 1996 “A Dual-Processual Theory for the Evolution of Mesoamerican Civilization”, *Current Anthropology* 37, pp. 1-14.

CACH AVENDAÑO, Éric

- 2008 “La exploración arqueológica del edificio seis de Los Guachimontones y sus implicaciones socioculturales” en Phil C. Weigand, Christopher S. Beekman y Rodrigo Esparza (eds.), *Tradición Teuchitlán*, Zamora: El Colegio de Michoacán, pp. 89-122.

CARDONA, Héctor

- 2016 “Las narrativas de la autoridad: Activación del pasado en el sitio arqueológico Los Guachimontones, Teuchitlán, Jalisco”, tesis de maestría, inédita, La Piedad: El Colegio de Michoacán.

CHERRY, John F.

- 1986 “Politics and Palaces: Some Problems in Minoan State Formation” en Colin Renfrew y John F. Cherry (eds.), *Peer Polity Interaction and Socio-Political Change*, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 19-45.

CHI, Chao'ing

1936 *Key Economic Areas in Chinese History, as Revealed in the Development of Public Works for Water Control*, Londres: Augustus Kelley Publishers, 168 p.

CLARK, John E.

1986 "From Mountains to Mole Hills: A Critical Review of Teotihuacan's Obsidian Industry" en Barry L. Issac (ed.), *Economic Aspects of Prehispanic Highland Mexico*, Greenwich, Connecticut: JAI Press, pp. 23-74.

1989 "Hacia una definición de talleres" en Margarita Gaxiola y John E. Clark (eds.), *La obsidiana en Mesoamérica*, México: INAH, pp. 213-217 (Científica, Serie Arqueología).

CRUMLEY, Carol

1995 "Heterarchy and the Analysis of Complex Societies: Comments", *Archeological Papers of the American Anthropological Association* 6, pp. 125-131.

ESPARZA LÓPEZ, Rodrigo

2015 Documento electrónico, disponible en: www.mna.inah.gob.mx/documentos/ (consultado el 21 de junio de 2016).

_____, Avto GOGICHAISVILI, Juan MORALES, Ana María SOLER ARECHALDE y Verónica LÓPEZ
2015 "Nuevos fechamientos por arqueomagnetismo del sitio arqueológico de Guachimontones", Ponencia presentada en La Piedad, Michoacán, Septiembre 17.

ESPARZA LÓPEZ, Rodrigo y Dolores TENORIO

2004 "Las redes de intercambio de la obsidiana en la Tierra Caliente de Michoacán durante los periodos Epiclásico y Posclásico" en Eduardo Williams (ed.), *Producción e intercambio de recursos estratégicos en el antiguo occidente de México*, Zamora: El Colegio de Michoacán, pp. 77-112.

FARGHER, Lane F. y Verenice Y. HEREDIA ESPINOZA

2012 "Ripping up the Stilts: Problematizing Romantic, Ethnocentric Legacies in Mesoamerican Archaeology", Ponencia presentada en el 77th Annual Meeting of the Society for American Archaeology, Memphis, Tennessee.

HANDLER, Richard y Jocelyn LINNEKIN

1984 "Tradition, Genuine or Spurious?", *Journal of American Folklore* 97(385), pp. 273-290.

HEREDIA ESPINOZA, Verenice Y.

2017 "Long-term Regional Landscape Change in the Northern Tequila Region of Jalisco, Mexico", *Journal of Field Archaeology* 42(4), pp. 298-311.

En prensa “What the Teuchitlán Tradition is, and What the Teuchitlán Tradition is Not” en Joshua D. Englehardt, Verence Y. Heredia Espinoza y Christopher S. Beekman (eds.), *Ancient West Mexico: Time, Space, Diversity*, Gainesville: University Press of Florida.

_____, Christopher S. BEEKMAN y Kirk ANDERSON

s.f. “Proyecto Arqueológico en la Cuenca de la ex-Laguna de Magdalena, Jalisco (PAX)”, Informe técnico final para el Consejo de Arqueología (INAH), México.

HEREDIA ESPINOZA, Verence Y. y Joshua D. Englehardt

2017 “Introducción: Reflexiones sobre la arqueología en México y una propuesta de cambio” en Joshua D. Englehardt y Verence Y. Heredia Espinoza (eds.), *Diálogos sobre la relación entre arqueología, antropología e historia*, Zamora: El Colegio de Michoacán, pp. 17-46.

HERREJÓN VILICAÑA, Jorge

2008 “Unidades habitacionales y estratificación social en la Tradición Teuchitlán”, tesis de maestría, inédita, La Piedad: El Colegio de Michoacán.

LIGHTFOOT, Kent G.

2001 “Traditions as Cultural Production: Implications for Contemporary Archaeological Research” en Timothy R. Pauketat (ed.), *The Archaeology of Traditions: Agency and History before and after Columbus*, Gainesville: University Press of Florida, pp. 237-252.

LÓPEZ MESTAS, Lorenza

2011 “Ritualidad, prestigio y poder en el centro de Jalisco durante el Preclásico Tardío y Clásico Temprano. Un acercamiento a la cosmovisión e ideología en el occidente del México Prehispánico”, tesis de doctorado, Guadalajara: CIESAS.

_____, y Carlos LÓPEZ CRUZ

2002 “La arqueología del occidente de México durante el siglo XX”, *Estudios del Hombre* 13-14, pp. 14-60.

LÓPEZ MESTAS, Lorenza y Jorge RAMOS

2006 “Some Interpretations of the Huitzilapa Shaft Tomb”, *Ancient Mesoamerica* 17(2), pp. 271-281.

MAHONEY, Nancy M. y John KANTNER

2000 “Chacoan Archaeology and Great House Communities” en John Kantner y Nancy M. Mahoney (eds.), *Great House Communities Across the Chacoan Landscape*, Tucson: The University of Arizona Press, pp. 1-15.

MARCUS, Joyce y Gary M. FEINMAN

1998 "Introduction" en Gary M. Feinman y Joyce Marcus (eds.), *Archaic States*, Santa Fe: School of American Research Press, pp. 3-13.

MILLS, Barbara J.

2002 "Recent Research on Chaco: Changing Views on Economy, Ritual, and Society", *Journal of Archaeological Research* 10(1), pp. 65-117.

MOUNTJOY, Joseph B.

2000a "La evolución de sociedades complejas en el Occidente: Una perspectiva comparada" en Richard Townsend y Carlos Gutiérrez Arce (eds.), *El antiguo occidente de México: Arte y arqueología de un pasado desconocido*, Chicago y Guadalajara: The Art Institute of Chicago/Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco/Tequila Sauza, pp. 255-269.

2000b "Prehispanic cultural development along the southern coast of West Mexico" en Michael Foster y Shirley Gorenstein (eds.), *Greater Mesoamerica: The Archaeology of West and Northwest Mexico*, Salt Lake City: University of Utah Press, pp. 81-106.

OHNSORGEN, Michael A. y Mark D. VARIEN

1996 "Formal Architecture and Settlement Organization in Ancient West Mexico", *Ancient Mesoamerica* 7(1), pp. 103-120.

PAUKETAT, Timothy

2001 *The Archaeology of Traditions: Agency and History Before and After Columbus*, Gainesville: University Press of Florida, 368 p.

2007 *Chiefdoms and Other Archaeological Delusions*, Lanham, Maryland: AltaMira Press, 270 p.

PEEBLES, Christopher S. y Susan M. KUS

1977 "Some Archaeological Correlates of Ranked Societies", *American Antiquity* 42(3), pp. 421-448.

RENFREW COLIN

1986 "Introduction: Peer Polity Interaction and Socio-Political Change" en Colin Renfrew y John F. Cherry (eds.), *Peer Polity Interaction and Socio-Political Change*, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 1-18.

REVELES, Javier

2005 "La lítica en la cuenca de Sayula" en Francisco Valdez, Otto Schöndube y Jean Pierre Emphoux (eds.), *Arqueología de la cuenca de Sayula*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara/Institut de Recherche pour le Développement, pp. 349-368.

SAHLINS, Marshall D. y Elman R. SERVICE

1960 *Evolution and Culture*, Ann Arbor: University of Michigan Press, 143 pp.

SCHÖNDUBE, Otto

1974 “Algunas consideraciones sobre la arqueología del occidente de México” en Betty Bell (ed.), *The Archaeology of West Mexico*, México: Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México, pp. 1-5

1980 “La etapa prehispánica” en José María Muriá (coord.), *Historia de Jalisco*, Guadalajara y México: Gobierno del Estado de Jalisco, INAH, pp. 113-257.

SOUTHALL, Aidan

1988 “The Segmentary State in Africa and Asia”, *Comparative Studies of Society and History* 30, pp. 52-82.

STEWART, Julian

1955 *Theory of Culture Change: The Methodology of Multilinear Evolution*, Urbana-Champaign: University of Illinois Press, 256 p.

STUART, Glenn

2003 “Pre-Hispanic Sociopolitical Development and Wetland Agriculture in the Tequila Valleys of West Mexico”, tesis de doctorado, Tempe: Arizona State University-Department of Anthropology, 671 p.

2005 “Agricultura de tierras húmedas en el núcleo de la Tradición Teuchitlán” en Eduardo Williams, Phil C. Weigand, Lorenza López Mestas y David C. Grove (eds.), *El antiguo occidente de México: Nuevas Perspectivas sobre el pasado prehispánico*, Zamora: El Colegio de Michoacán, pp. 185-209.

TENORIO, Dolores, Melania JIMÉNEZ REYES, Rodrigo ESPARZA LÓPEZ, Thomas F. CALLIGARO, L. A. GRAVE-TIRADO

2015 “The Obsidian of Southern Sinaloa: New evidence of Aztatlán networks through PIXE”, *Journal of Archaeological Science: Reports* 4, pp. 106-110.

TRIGGER, Bruce

1992 *Historia del pensamiento Arqueológico*, Barcelona: Crítica, 475 p.

WEIGAND, Phil C.

1976 “Circular Ceremonial Structure Complexes in the Highlands of Western Mexico” en Robert Pickering (ed.), *Archaeological Frontiers: papers on New World high cultures in honor of J. Charles Kelley*, Carbondale: University Museum and Art Galleries/Southern Illinois University, pp. 183-227.

- 1985 “Evidence for Complex Societies during the Western Mesoamerican Classic Period” en Michael Foster y Phil C. Weigand (eds.), *The Archeology of West and Northwest Mesoamerica*, Boulder, Colorado: Westview Press, pp. 47-91.
- 1990 “The Teuchitlán Tradition of Western Mesoamerica” en Amalia Cardos de Méndez (ed.), *La época Clásica: Nuevos hallazgos, nuevas ideas*, México: Museo Nacional de Antropología, INAH, pp. 25-54.
- 1992a “Introducción” en Brigitte Boehm de Lameiras y Phil C. Weigand (coords.), *Origen y desarrollo de la civilización en el occidente de México: Homenaje a Pedro Armillas y Ángel Palerm*, Zamora: El Colegio de Michoacán, pp. 13-26.
- 1992b “Central Mexico’s Influences in Jalisco and Nayarit During the Classic Period” en Edward Schortman y Patricia Urban (eds.), *Resources, Power, and Interregional Interaction*, Nueva York: Plenum Press, pp. 221-232.
- 1993a *Evolución de una civilización prehispánica: Arqueología de Jalisco, Nayarit y Zacatecas*, Zamora: El Colegio de Michoacán, 444 p.
- 1993b “Large-Scale Hydraulic Works in Prehistoric Western Mesoamerica” en Vernon Scarborough y Barry Issac (eds.), *Economic Aspects of Water Management in the Prehispanic New World*, Greenwich, Connecticut: JAI Press, Research in Economic Anthropology, supplement núm. 7, pp. 223-262.
- 1996a “La evolución y ocaso de un núcleo de civilización: La Tradición Teuchitlán y la arqueología de Jalisco” en Eduardo Williams y Phil C. Weigand (eds.), *Las cuencas del occidente de México: Época prehispánica*, Zamora: El Colegio de Michoacán, pp. 185-246.
- 1996b “The Architecture of the Teuchitlan Tradition of the Occidente of Mesoamerica”, *Ancient Mesoamerica* 7(1), pp. 99-101.
- 2000 “El ecúmene mesoamericano: ¿Un ejemplo de sobre-especialización?”, *Relaciones* 82, pp. 41-58.
- 2004 “Arqueología del centro-oeste de Jalisco: La Tradición de Teuchitlán” en Beatriz Braniff (ed.), *Introducción a la arqueología del Occidente de México*, México: Universidad de Colima/ INAH, pp. 309-338.
- 2007 “States in Prehispanic Western Mesoamerica” en Vernon L. Scarborough y John E. Clark (eds.), *The Political Economy of Ancient Mesoamerica: Transformations during the Formative and Classic Periods*, Albuquerque: University of New Mexico Press, pp. 101-113.
- 2008a “The Teuchitlán Tradition and the Excavations at the Guachimontones de Teuchitlán, Jalisco” en Alba Guadalupe Mastache, Robert Cobean, Ángel García Cook y Kenneth G. Hirth (eds.), *Urbanism in Mesoamerica*, State Park: Pennsylvania State University Press, pp. 557-592.
- 2008b “La Tradición Teuchitlán del Occidente de México: Excavaciones en Los Guachimontones de Teuchitlán, Jalisco” en Phil C. Weigand, Christopher S. Beekman y Rodrigo Esparza (eds.), *Tradición Teuchitlán*, Zamora: El Colegio de Michoacán, pp. 29-62.
- 2008c “Jaime Litvak and the Teuchitlan Tradition of Western Mesoamerica” en P. Schmidt Schoenberg, E. Ortiz Díaz y J. Santos Ramírez (eds.), *Tributo a Jaime Litvak King*, México: UNAM-IIA, pp. 267-284.

- 2009 “La Tradición Teuchitlán y su presencia en Colima” en Juan Reyes (ed.), *Memoria v Foro Colima y su Región Arqueología, Antropología e Historia*, Zamora: El Colegio de Michoacán, pp. 1-16.
- 2010 “El Estado segmentario en el occidente de Mesoamérica”, *Ecúmene* 1(1), pp. 3-31.
- 2011 “El paisaje cultural de la Tradición Teuchitlán. Consideraciones metodológicas para su evaluación y caracterización” en Eduardo Williams, Magdalena García, Phil Weigand y Manuel Gándara (eds.), *Mesoamérica. Debates y perspectivas*, Zamora: El Colegio de Michoacán, pp. 241-263.
- _____ y Christopher S. BEEKMAN
- 2000 “La Tradición Teuchitlán: Surgimiento de una sociedad parecida al Estado” en Richard Townsend y Carlos Gutiérrez Arce (eds.), *El antiguo occidente de México: Arte y arqueología de un pasado desconocido*, Chicago y Guadalajara: The Art Institute of Chicago, Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco/Tequila Sauza, pp. 38-55.

WHITE, Leslie

- 1959 *The Evolution of Culture*, Nueva York: McGraw-Hill, 378 p.

WILLEY, Gordon R. y Philip PHILLIPS

- 1958 *Method and Theory in American Archaeology*, Chicago: University of Chicago Press, 279 p.